

pequeños grupos en mil ciudades; todavía tenemos a diferencia de ustedes, poca influencia en asuntos políticos y de autoridad; pero estamos creciendo enormemente; estamos apoderándonos de la juventud del país; disponemos del poder de persuasión de la fe religiosa; tenemos la energía del afecto, tenemos la permanencia de la verdad; disponemos, por decirlo así, del futuro

Tenemos nuestras miradas fijas en ustedes. Yo, como americano de esta generación y como portador de la verdadera tradición americana, los saludo y pido su cooperación y su amistad. Podemos ayudarnos mutuamente, como compañeros en una aventura común. Podemos animarnos, enseñarnos mutuamente, iluminándonos y nutriéndonos mentalmente en nuestros distintos problemas. Podemos crear hoy en una unión intelectual de americanos, del Norte y del Sur, un prototipo de la unión espiritual en que vivirán mañana, íntegra e individualmente fuertes, todos los pueblos americanos.

Para lograr este fin, debemos principiar. Los mejores libros de ustedes deben naturalizarse en los Estados Unidos por medio de traducciones. Sus pintores y músicos nos deben ser conocidos. Nosotros, en los Estados Unidos, debemos convivir en una atmósfera de reconocimiento espiritual y de cambio cultural con ustedes, que son nuestros hermanos. Y a la inversa, ustedes deben venir a nosotros para que sepan por nuestros escritores y pensadores, que Whitman, Thoreau y Lincoln tienen hoy sus sucesores en lo que es la tradición verdadera y religiosa de los Estados Unidos, como la de todos los pueblos americanos.

Muy cordialmente de usted,

WALDO FRANK.

(P. E. N. Mex. Volante N° 17. México, D. F.)

NOTICIA.—Waldo Frank pertenece al grupo más selecto de hombres de letras de los Estados Unidos. Es novelista y crítico. Cumplirá 35 años en agosto próximo. Es el literato idealista de los Estados Unidos, incrédulo de la grandeza de los progresos materiales, esperanzado en los bienes del espíritu, apóstol—dentro de una filosofía todavía íntima y casi desconocida aquí—de un continente americano mucho más fraternal. Es uno de los «nosotros», cuyo conocimiento recomendamos a los miembros del P. E. N. Club y a los escritores en general. En 1916 sostuvo la revista *The Seven Arts*. Sus libros son *Our America*, (1919); *Rahab y City Black*, (1922) y *Holiday* (1923).

Dirección de Waldo Frank:
Boni and Liveright,—61 W. 48
Str. New York City, U. S. A.

Remate de una conversación

(Véanse antes los números 8 y 10 del *Repertorio Americano*, tomo en curso).

Querido señor Pérez de Ayala: Mi carta publicada el día 2 en *El Sol* y motivada por sus «Divagaciones» del 28 y 29 de febrero, le ha sorprendido a usted y causado en cierto modo alguna molestia. Con razón, desde luego, porque su «Divagación» que llevaba el número 1, no era en realidad la primera, ya que en un artículo anterior, cuya existencia no podía yo imaginar, advertía que su intención era estudiar España y que a este propósito iba usted a «tomar los Estados Unidos en una y la más aparente de sus facetas, como pretexto, como estribo...» Su respuesta a mi carta publicada el 4 de marzo hace ver claramente cuán próximas están su actitud de usted hacia los Estados Unidos y la mía. Nuestra disconformidad era, pues, sólo aparente. Ya pasó. Pero el motivo real que fundamentaba mi alegato no se ha explicado todavía. Y puesto que he irrumpido—acaso con la impetuosidad americana—en su excecante meditación, permítame, antes de retirarme, que ponga en claro cuáles fueron el motivo e impulso íntimo de aquella determinación.

No necesito decirle que no soy apologista complaciente de mi propio país. Mi obra responde por mí en este punto. Y, como usted dice, le habría sido fácil extraer en mis páginas críticas sobre América mucho más ásperas que cualquiera de las del Sr. Wells. ¿Por qué, entonces, me decidí a protestar? Wells es una especie de fuerza elemental. Como también lo son un ciclón o un toro. Su fuerza no estriba a ciencia cierta en ser una inteligencia fundamental. Abarca mucho, pero nunca profundiza. Trabaja ingeniosamente sobre el liberalismo humanitario de nuestra época, y, a la gran cantidad de gentes cómodas que quieren hacerse la ilusión de que se interesan profundamente por los problemas modernos, les proporciona esta satisfacción. Para nuestra crisis universal, donde lo que se necesita no son agudas observaciones superficiales (las hay por toneladas), sino profundas y modestas síntesis de valores humanos, Wells es un tanto precipitado, cuando no perjudicial. Nunca, sin embargo, se me ha ocurrido contestarle en letras de molde. ¿Por qué, entonces, me he decidido hacerlo ahora? Por una razón muy sencilla, que es el eje de toda la cuestión, querido Ayala. Porque era usted quien citaba a Wells, y porque con el peso de su autoridad y eminencia, la intelectualidad de España y la de la América española podrían dar a las descripciones de Wells una interpretación muy seria y peligrosa.

Digo esto solemnemente. No exagero lo más mínimo. Olvidemos a Wells. Olvidemos también a ese amable émulo colonial de Addison y de Steele..., a Washington Irving, a quien usted, muy cortesmente, considera un «gran escritor» y que hace un siglo inventó la ya anticuada frase hecha sobre el

«Todopoderoso Dólar». Los hechos son los siguientes: América tiene un sistema político en donde el Poder está vinculado en hombres en su mayoría malignamente venales o estúpidos, y donde la fuerza del dinero y de la posición se utiliza frecuentemente en corrupciones. No creo que este sistema discrepe mucho, en sus efectos generales, de los demás países europeos. América posee un sistema económico cuyas fuentes son europeas, y cuyo desarrollo, lo mismo que en otros países «civilizados», se ha inclinado allí hacia la injusticia económica, la esclavitud social, el despilfarro material y la presión espiritual. Estas condiciones existen en América y en Europa porque representan ciertas tendencias elementales en la naturaleza humana; en América, al presente, son románticamente llamativas. Estas condiciones son viejas. La injusticia, la esclavitud, la anarquía y el despilfarro son factores constantes en la historia de la humanidad, y lo seguirán siendo hasta que en virtud de la educación y de la lenta fuerza transformadora de la voluntad creativa, otro factor «constante» venga a poner un freno a aquellos.

Esta otra «constante» en la historia del hombre es la elevación espiritual, la devoción hacia la vida creadora, que existe de un modo articulado en la religión, en el arte, en los ideales sociales y políticos. En todas las épocas y en todos los climas, esta «constante» ha estado en manifiesta rebelión contra las manifestaciones de aquella otra «constante»: acaparación, injusticia, opresión, violencia.

Ahora bien: el desarrollo materialista de los Estados Unidos ha sido tan sorprendente, que ha captado la imaginación del mundo entero. No sólo esto, sino que se ha apoderado también de los medios de articulación de su mundo, que, en tiempos pasados, estaban vinculados generalmente en manos de la otra «constante»: de la minoría creadora.

Las iniquidades políticas, económicas y sociales de Atenas eran, relativamente, cosa frustrada: la articulación radicaba en Platón y en Esquilo. Los poderes ignorantes y brutales que sojuzgaban a Italia, no tenían la articulación del Dante, Rafael o Miguel Ángel. Los poetas que cantaron al Cid tomaban espontáneamente, o creaban, los elementos de su historia en armonía con su naturaleza poética; lo demás no era sino silencio. En América lo contrario es lo cierto. Los más bajos elementos, los cortantes, netos ritualismos del dólar, son los que dominan nuestra Prensa, los que publican nuestros grandes magazines, los que dirigen nuestras escuelas y aun los que hacen las películas que ustedes van a ver hoy en los teatros de Madrid. Y el resultado es que la «constante» creadora y espiritual de América, a la cual yo me refería en mi carta úl-